

“dibujo. Yo adquirí de día en día la convicción
 “de que es realmente posible alcanzar el fin, del
 “cual he hablado más arriba, que ha dado tanta
 “vida á mis propias experiencias, á saber: formar
 “otra vez á las madres para lo que ellas han sido
 “tan evidentemente destinadas por la naturaleza,
 “y de que de esta manera puede ser fundado el pri-
 “mer grado de la enseñanza escolar ordinaria so-
 “bre los resultados adquiridos de la enseñanza ma-
 “terna. Yo ví preparado un método general, psi-
 “cológico, por medio del cual cada padre y cada
 “madre de familia, que alimentan en su pecho esa
 “aspiración, pueden ser puestos en estado de educar
 “ellos mismos á sus hijos, cesando así la pretendi-
 “da necesidad de formar preceptores por medio de
 “costosos seminarios y de bibliotecas escolares y
 “empleando largo tiempo en ello.

“En una palabra, he llegado por la impresión
 “producida en mí por todo lo que he visto y por
 “los resultados invariables de mis experiencias á
 “recuperar de nuevo la creencia que con tanto ar-
 “dor había alimentado en mí espíritu desde el prin-
 “cipio de mi carrera pedagógica, pero que casi ha-
 “bía perdido en el curso de ella, bajo el peso del
 “arte y de los expedientes de la pedagogía de la é-
 “poca: *la creencia en la posibilidad del mejora-
 “miento de la especie humana.*”

CARTA III.

¿Cu has leído ya la opinión de Tóbler y la de
 Krüsi sobre el asunto con que me ocupo, ahora te
 envío también la de Buss. Tú conoces mi juicio
 sobre las fuerzas que yacen enterradas en las cla-
 ses inferiores de la sociedad. ¡Qué instrumento jus-
 tificativo de esa opinión es Buss! ¡Qué transforma-
 ción experimentó este hombre en seis meses!—Mues-
 tra á WIELAND (1) su *ABC de la intuición* y pre-
 gúntale si ha encontrado alguna vez un ejemplo
 más elocuente de fuerzas perdidas.

Querido amigo, el mundo está lleno de hombres
 útiles, pero vació de gentes que empleen al hombre
 útil. Las ideas de nuestros contemporáneos sobre
 la utilidad de los hombres no pasan de los límites
 de su propia piel, ó se extienden á lo más á las per-
 sonas que están tan cerca de ellos como su camisa.

Caro amigo, piensa seriamente en esos tres hom-
 bres y en los resultados que alcancé con ellos. Yo
 quisiera que tú los conocieses á ellos mejor, y más
 detalladamente la historia de su vida. Habiéndose-
 lo suplicado yo, Buss mismo te refiere algo de ello.

La primera educación de Tóbler fué un descuido
 completo. A los veintidos años se encontró él re-
 pentinamente, como por un milagro, lanzado en la
 carrera científica y principalmente en el ramo de la
 educación. Él pensaba devorarlos; pero ve ahora
 que ellos lo devoraron á él y que lo llevaron, en el

momento en que presentía la insuficiencia de sus medios de enseñanza, á seguir lleno de confianza la vía de los libros, en vez de abrirse él mismo el camino de la intuición, á través de la naturaleza, cuya necesidad él presentía. Él veía el peligro en que se encontraba de perderse en un mar de mil y mil cosas, cada una razonable, sin encontrar jamás los fundamentos de una educación ni de una enseñanza escolares cuyos resultados debiesen ser no palabras ni libros razonables, sino hombres razonables. Y él lamenta no haber encontrado á los veintidos años, cuando la aplicación á los libros no había principiado aún á gastar su fuerza natural, la senda que ahora á los treinta comienza á recorrer. Él siente profundamente lo que esta época de pausa le había perjudicado, y hace honor á la vez á su propio corazón y al método al decir él mismo: “los hombres “ignorantes y los no instruídos tienen más facilidad “que yo para seguir sin interrupción los principios “del método y en seguida avanzar en él sin tropié- “zos.” Entretanto él permanece fiel á sus convicciones, sus talentos le aseguran la recompensa. Cuando él haya vencido las dificultades de los elementos más sencillos, éstos y los conocimientos anteriores que él reúne á ellos le harán fácil el adaptar el método á los grados superiores de la enseñanza de la escuela, á lo cual hasta ahora no hemos llegado todavía.

Tú conoces á Krüsi y has visto la habilidad que él muestra en su ramo (2). Ella es extraordinaria ¡todo el que lo ve trabajar queda admirado! Él posee en su ramo una originalidad que sólo no llama

la atención del hombre que no la tiene. Y, sin embargo, antes que él conociese el método, era muy inferior á Buss en todos los ramos, excepto en su tacto mecánico de maestro de escuela. Y él mismo confiesa que: sin conocer el método no habría llegado á descansar sobre sus propios pies, á pesar de todos sus esfuerzos por adquirir cierta independencia de acción; sino que habría permanecido siempre un sér subordinado á otro, dirigido y que necesita dirección, lo que era completamente contra su carácter de appenzelense. Él ha rehusado un puesto de maestro dotado con 500 florines (3) y ha quedado en la posición modesta de sus actuales circunstancias únicamente porque sintió y comprendió que siendo maestro de escuela ahora, no podría más tarde llegar á ser otra cosa, y aun eso no podía ser satisfactorio para él. ¿No te admira cómo ha llegado él á esa determinación?—Su sencillez lo condujo á ella; él se ha identificado con el método, y las consecuencias son naturales; y es enteramente cierto lo que dice Tóbler: “el método le fué fácil, justamente porque él no poseía ningún arte, y lo condujo “con rapidez, precisamente porque él no conocía ningún otro, pero tenía aptitudes.”

Amigo, ¿no tengo yo motivos para estar orgulloso de los primeros frutos de mi método? ¡Ojalá que los hombres no tengan jamás afición á las simples ideas psicológicas que les sirven de base! como dijiste dos años ha. ¡Ojalá que únicamente sus frutos sean todos como esas tres primicias!

Lee ahora también la opinión de Buss, y después continúa oyéndome á mí.

“Mi padre, refiere Buss, desempeñaba un empleo en la institución teológica de Tubingia y tenía allí habitación gratuita. Desde los tres hasta los trece años me envió á la escuela de gramática, donde aprendí lo que se enseñaba á los niños de mi edad. Fuera de las clases, en esa época, pasaba yo la mayor parte del tiempo con los estudiantes, quienes se alegraban de hacerme tomar parte en sus juegos á mí que era un muchacho en extremo vivo. A los ocho años uno de ellos me enseñó á tocar el piano; pero después de seis meses, cuando él se retiró de Tubingia, cesaron mis lecciones y quedé en ese ramo completamente abandonado á mí mismo. A fuerza de perseverancia y de habituarme al trabajo, llegué á los doce años á poder por mí mismo dar con el mejor éxito lecciones de ese ramo á una señora y á un niño.

“A los once años gocé también de la enseñanza del dibujo y proseguí sin interrupción el estudio de las lenguas griega y hebrea, el de la lógica y el de la retórica. La intención de mis padres era dedicarme á los estudios y para ese fin colocarme en la Academia de Artes y Ciencias de Stuttgart (4), ó bien confiarme á la dirección de los profesores de la Universidad de Tubingia.

“En aquella Academia hasta entónces habían sido admitidos hombres de todas condiciones, parte pagando, parte también gratuitamente. Los recursos de mis padres no les permitían emplear en mí ni la suma más insignificante. El memorial fué redactado, pues, fundándose en esa consideración para pedir mi admisión gratuita en la Academia;

“mas él fué devuelto con una respuesta negativa firmada de puño del mismo Carlos (5). Esto y la publicación hecha casi al mismo tiempo, si los recuerdos no me engañan, del rescripto que excluía de los estudios á los hijos de las clases media y baja de los ciudadanos, hicieron en mí una fuerte impresión.

“Mi vivacidad juvenil desapareció entonces súbitamente, y con ella todo mi ardor por los estudios. Entonces consagré todos mis esfuerzos completamente al dibujo; mas también aquí, después de medio año, fuí interrumpido de nuevo, porque mi profesor debió abandonar la ciudad á causa de malas acciones; y así me encontré sin recursos y sin expectativas de poder ayudarme á mí mismo, y pronto me ví en la necesidad de colocarme de aprendiz en el taller de un encuadernador.

“Mi disposición de ánimo se modificó hasta caer en la indiferencia. Yo acepté ese oficio como habría aceptado cualquiera otro para poder, por medio de la distracción de un trabajo manual asiduo, borrar de mi alma hasta el recuerdo de los sueños de mi juventud. No lo pude conseguir. Trabajaba, pero sentía entonces un descontento indecible y alimentaba vivos resentimientos contra la injusticia de un poder que *contra las costumbres del pasado*, únicamente porque yo pertenecía á la clase baja, me arrebatava los medios de educarme y las esperanzas y expectativas en el porvenir, en cuya realización había empleado ya una parte de mi juventud. No obstante, yo me alimentaba de la esperanza de preparar por mi oficio mismo los me-

“dios de sustraerme á ese trabajo manual que no me
“satisfacía, y de recuperar en cualquiera parte lo
“que debí perder en él, obligado por la necesidad.

“Yo viajaba, pero el mundo era demasiado estre-
“cho para mí. Me volví melancólico; me puse acha-
“coso; debí volver á casa; traté de renunciar de nue-
“vo á mi profesión y pensé, con lo poco de música
“que conocía aún, encontrar en la Suiza los medios
“necesarios para vivir.

“Partí para Basilea y esperaba encontrar allí la
“ocasión de dar lecciones; pero mi pasada situación
“causaba en mí cierta cortedad que me desconcer-
“taba los primeros pasos que hay que dar para ga-
“nar dinero. Yo no tenía el valor de decir una pa-
“labra de lo que se debe decir para obtener de las
“gentes, tal como son, lo que yo buscaba. Un ami-
“go que, por casualidad, me encontró en esa situa-
“ción crítica, me reconcilió momentáneamente con
“mi oficio de encuadernador. Yo volví á entrar en
“un taller; pero desde el primer día en que me sen-
“té de nuevo en mi puesto, me puse á soñar en la
“posibilidad de encontrar, con el tiempo y la oca-
“sión, cualquiera otra ocupación para mí, aunque
“tenía la convicción de que estaba demasiado atra-
“sado en música y dibujo para poder proporcionar-
“me por ese medio una independencia segura. Para
“ganar tiempo con el fin de ejercitarme más en esas
“artes, no tardé en cambiar mi puesto; gané así efec-
“tivamente dos horas diarias de libertad é hice co-
“nocimientos que me facilitaron mis estudios.

“Entre otros conocí también á Tóbler, quien pron-
“to se apercibió de la pena que me roía y concibió

“el deseo de arrancarme de mi posición. También
“pensó justamente en mí cuando Krüsi le dijo que
“Pestalozzi buscaba para el nuevo método de ense-
“ñanza que estaba organizando una persona que en-
“tendiese el dibujo y la música.

“La conciencia que tenía de la insuficiencia de
“mi educación y de mis conocimientos de dibujo y
“la esperanza de encontrar ocasión de poder hacer
“mayores progresos en ambos, maduraron en mí la
“determinación de irme á Burgdorf, á pesar de las
“advertencias de varias personas que me aconsejaban
“que no entrase en ninguna asociación con Pestaloz-
“zi, atendiendo á que él era medio loco y que nun-
“ca sabía bien lo que quería (*). Se justificaba esa
“leyenda con diversos hechos; por ejemplo, una vez
“había llegado á Basilea con los zapatos atados con
“pajas, porque en las puertas de la ciudad había da-
“do las hebillas de su calzado á un mendigo. Yo ha-
“bía leído á Leonardo y Gertrudis; creía, pues, sin
“dificultad la historia de las hebillas; pero no con-
“sentía en que el héroe de ella fuese un loco. Sucin-
“tamente, yo quería hacer la prueba. Llegué á Burg-
“dorf. La primera vez que ví á Pestalozzi quedé á
“penas sorprendido. Él bajaba de una pieza del piso
“superior, acompañado de Ziemssen (6) que justa-
“tamente acababa de llegar á visitarlo, y vino á
“donde estaba yo, con las medias desatadas, cubier-

(*) “Encuentro inconveniente, como es natural, la publi-
“cación de esta parte de mis apreciaciones. Pero Pestalozzi
“ha insistido en ello y exigido formalmente la exposición
“sincera de las impresiones que él y todos sus procedimien-
“tos han causado en mí.”

“to visiblemente de polvo y como si hubiese sido el
 “desorden mismo. Yo no puedo describir el senti-
 “miento que experimenté en ese instante; él se aproxi-
 “maba á la compasión, la cual estaba sin embargo
 “unida á la admiración. Pestalozzi—y todo lo que
 “ví—su benevolencia, la alegría con que me reci-
 “bió á mí, un desconocido, su falta de pretensiones,
 “su sencillez y el desorden en que él se encontraba
 “delante de mí, todo eso me arrobó en un momento.
 “Jamás había visto todavía á ningún hombre bus-
 “car así mi corazón, pero también ninguno había
 “ganado así mi confianza.

“A la mañana siguiente entré en su escuela, y al
 “principio no ví realmente otra cosa que un desorden
 “aparente y un tumulto que me causó un sentimien-
 “to de disgusto. Pero como el entusiasmo con que
 “había hablado Ziemssen el día antes de los planes
 “de Pestalozzi había excitado de antemano mi cu-
 “riosidad, me sobrepuse también pronto á esa im-
 “presión y no se pasó largo tiempo antes que nota-
 “se yo algunas ventajas de ese método de enseñan-
 “za. No obstante, creí al principio que la larga per-
 “manencia en un mismo punto detenía mucho á los
 “niños; pero cuando ví la perfección á que él hacía
 “llegar á sus alumnos en los primeros principios de
 “sus ejercicios, el revolotear acá y acullá y el dar
 “saltos, lo que me permitía la marcha de la ense-
 “ñanza de mi juventud, me pareció por primera vez
 “en una luz desventajosa y engendró en mí el pen-
 “samiento de que, si se me hubiese encadenado tan
 “largo tiempo y tan firmemente á los primeros ele-
 “mentos, habría llegado por ese medio al estado de

“poder ayudarme á mí mismo para proseguir el cur-
 “so de mis estudios hasta un punto más elevado, y
 “yo me habría librado por consiguiente, de todos
 “los males y de la melancolía en que yo entonces
 “me había visto precipitado.

“Este pensamiento corresponde perfectamente al
 “principio de Pestalozzi: *conducir á los hombres*
 “*por medio de su método á poder ayudarse á sí mis-*
 “*mos, porque á ellos, como dice él, sobre esta tie-*
 “*rra de Dios nadie ayuda y nadie puede ayudar.*
 “Me estremecí cuando lei por primera vez ese pasa-
 “je de *Leonardo y Gertrudis*. Pero es experiencia
 “de mi vida que sobre esta tierra de Dios nadie ayu-
 “da ni puede ayudar al hombre, cuando él no pue-
 “de ayudarse á sí mismo. Ahora era bien claro pa-
 “ra mí que las lagunas que no había podido llenar
 “para alcanzar mi objeto, tenían su origen en la
 “ineficacia y en la superficialidad de la instrucción
 “que había recibido. He aquí por lo que me falta-
 “ba la base. Yo dediqué particularmente mi aten-
 “ción al ramo para el cual Pestalozzi buscaba mi
 “concurso. Pero largo tiempo no pude comprender
 “sus ideas particulares sobre el dibujo y no sabía
 “al principio lo que él quería cuando me decía:
 “Líneas, ángulos y arcos son el fundamento del es-
 “tudio del dibujo.” A fin de darme una explica-
 “ción, añadía: “el espíritu humano debe elevarse
 “también aquí de las intuiciones oscuras á las no-
 “ciones claras.” Pero yo no podía imaginarme aún
 “cómo podía verificarse eso por medio del dibujo.
 “Él me decía: “esto debe obtenerse por las divisio-
 “nes del cuadrado y del arco de círculo y por la se-

“paración de sus partes en unidades observables y comparables.” Yo traté de encontrar esas divisiones y esas simplificaciones; pero no conocía los primeros principios de lo simple y, á pesar de todos mis esfuerzos, me perdí bien pronto en un mar de figuras aisladas que eran, es cierto, sencillas en sí mismas, pero que no explicaban del todo las reglas de la sencillez que buscaba Pestalozzi. Él no sabía desgraciadamente ni escribir ni dibujar, no obstante de que él había hecho hacer á sus alumnos en ambos ramos progresos incomprendibles para mí. En una palabra, yo pasé meses sin comprender sus ideas, sin saber lo que debía hacer, para realizar sus designios, de las líneas que él me trazaba para los principios, hasta que por fin entreví que yo debía saber menos de lo que sabía en realidad, ó que por lo menos debía prescindir por el momento de todo mi saber, para descender á las nociones simples, que, lo veía muy bien al presente eran la fuerza de Pestalozzi, aunque yo no las pudiese seguir todavía. Me fué difícil llegar á esta conclusión. En fin, á fuerza de reflexionar y de constatar los progresos que sus alumnos hacían en el estudio perseverante de los principios elementales, llegué á violentarme y á penetrar íntimamente en mi modo de ver los objetos para alcanzar el punto preciso de donde parten los niños y de donde se elevaban, á mi vista, á la fuerza que mostraban; tan luego como llegué á ese punto acabé en un par de días mi *ABC de la intuición* (7).

“Yo había llegado á ese resultado, y no conocía todavía su importancia; pero, desde que me dí cuen-

ta de su naturaleza, ese suceso ejerció en mí la influencia más grande. Antes no sabía yo que el arte del dibujo se compone sólo de líneas.

“Ahora, repentinamente, todos los objetos que veía estaban entre líneas que precisaban sus contornos. Jamás había separado esos contornos del objeto mismo en la imagen que lo representaba en mi espíritu; ahora se desprendían siempre de él en mi imaginación, y se trasformaban para mí en especies de medidas que indicaban exacta y rigurosamente la menor divergencia. Pero así como en el principio no veía más que *objetos*, pronto no ví más que *líneas* y me figuré que se debía absolutamente hacerlas estudiar á fondo y en todas sus aplicaciones, antes de dar á los niños objetos reales para copiarlos ó simplemente para observarlos. Pero Pestalozzi imaginó sus principios de dibujo conforme á sus miras generales, conforme también á la marcha de la naturaleza que no deja nunca largo tiempo al espíritu humano desarrollarse en una dirección cualquiera sin hacer intervenir la observación más precisa del mundo exterior. Él tenía la intención de disponer para los niños y de colocar ante sus ojos, desde la cuna, una doble serie de figuras, las unas destinadas al libro de la primera infancia, las otras debían servir de ejemplos para sus formas de medición. Con la primera de esas obras quería él secundar á la naturaleza y desarrollar lo más temprano posible en los niños el conocimiento de las palabras y de las cosas, por medio de una serie de imágenes tomadas de la naturaleza misma. El objeto de la segunda era unir las

“reglas del arte á sus ejemplos; el apoyarlos reci-
 “procamente, colocando una al lado de la otra en el
 “espíritu del niño, la noción de la forma pura y la
 “de los objetos que á ella se refieren, y finalmente ase-
 “gurar á la enseñanza una progresión gradual y psi-
 “cológica; en efecto, desde que el niño está en esta-
 “do de dibujar perfectamente una nueva línea, en-
 “cuentra inmediatamente su aplicación en los obje-
 “tos que lo rodean, pues el dibujo rigurosamente
 “exacto de los objetos no debe ser absolutamente
 “más que la repetición de la forma de medir que les
 “es familiar.

“Yo temía debilitar la potencia de la intuición
 “en los niños mostrándoles objetos figurados; mas
 “Pestalozzi no admitía ninguna fuerza que no fue-
 “se natural. El me dijo una vez: *“La naturaleza
 “no da líneas al niño, ella le da sólo cosas, no se de-
 “be darle líneas sino para hacerle ver exactamen-
 “te las cosas; mas no se deben quitar las cosas pa-
 “ra no hacerle ver más que líneas.”* Y otra vez,
 “hablando del peligro que hay en arrojar la natura-
 “leza por las líneas, se airó tanto que llegó á decir:
 “*Dios me preserve de embrollar el espíritu huma-
 “no y de embotarlo á la acción de la naturaleza por
 “causa de las líneas y del arte de la enseñanza en
 “general, como lo hacen los sacerdotes idólatras
 “con sus doctrinas superticiosas.”*

“Yo por fin me dí cuenta del peligro, y encontré
 “en el plan de ambas obras un acuerdo perfecto con
 “la marcha de la naturaleza y no más arte que el
 “que es necesario para permitir á ésta ejercer en el
 “espíritu del hombre la acción que reclama esen-
 “cialmente el desarrollo de sus facultades.

“Yo había tenido antes todavía otra dificultad.
 “Pestalozzi me había dicho que era necesario ense-
 “ñar á los niños á leer esos contornos como pala-
 “bras y á designar con letras cada una de las divi-
 “siones de los arcos y de los ángulos, de modo de
 “poder expresar sus combinaciones y de escribirlas
 “en el papel tan claramente como se escribe una pa-
 “labra cualquiera por medio de una agregación de
 “letras. Esa s líneas y esos arcos debían formar un
 “*ABC de la intuición* y así la base de una termino-
 “logía que podría no solamente dar la idea más cla-
 “ra de las diferencias existentes entre todas las for-
 “mas, sino también precisarlas rigurosamente por
 “medio de las palabras. El no tuvo descanso hasta
 “que yo lo hube comprendido. Yo veía que le cau-
 “saba trabajo; y yo lo sentía, pero era inútilmente:
 “sin su paciencia no existiría nuestro *ABC de la
 “intuición.*

“Por fin, logré comprenderlo. Comencé por la le-
 “tra A: era lo que él quería, y de punto en punto he
 “llegado hoy á no tener ya la menor dificultad pa-
 “ra servirme de ese lenguaje. El bosquejo, en ver-
 “dad, estaba preparado ya en los dibujos completa-
 “mente concluidos; pero lo que constituía la dificul-
 “tad era que yo no podía expresarme sobre lo que
 “sabía realmente y ni aun comprendía las expresio-
 “nes de los otros.

“Uno de los resultados más esenciales del método
 “es el remediar ese mal. Él ata, en efecto, sólida-
 “mente y de una manera general, la terminología á
 “la ciencia que nos da la naturaleza y la educación,
 “y permite así á los niños el llegar á expresarse con

“precisión sobre los conocimientos, á medida que los
“van adquiriendo.

“Y á mi ignorancia del lenguaje técnico debo
“aún el haber andado á tientas largo tiempo en la
“oscuridad en la enseñanza del dibujo; he aquí por
“qué no había comprendido ni podía comprender los
“principios de Pestalozzi.

“Pero, después de haber vencido esas dificultades,
“encontré bajo todos respectos, bien luego mi obje-
“to, y reconocí más y más las ventajas del método.
“Yo comprendí particularmente cómo el ABC de la
“intuición, suministrando á los niños una termino-
“logía precisa para los conocimientos que les han
“proporcionado la observación y la enseñanza, debe
“darles en una medida equivalente una penetración
“más justa y un sentimiento mucho más exacto de
“las proporciones, y yo ví, de una manera general,
“cuánto más fácilmente deben llegar los hombres
“que poseen esta ciencia del lenguaje á distinguir los
“unos de los otros los objetos cuyos nombres conocen
“ellos y conservar un recuerdo más sólido y más du-
“rable de sus caracteres diferenciales, que los que
“han recibido una dirección semejante. La experien-
“cia confirmó la idea que yo tenía sobre el particu-
“lar. Yo ví á los niños apreciar esos matices, don-
“de ellos los encontraban, con más precisión que
“hombres versados desde su juventud en el estudio
“de las medidas y el dibujo, y muchos de mis alum-
“nos adquirieron á este respecto una habilidad que
“no admitía comparación alguna con los progresos
“que hacen ordinariamente los niños en este género
“de conocimientos.

“Sin embargo, yo no juzgaba todavía del conjun-
“to del método sino por un solo ramo de estudios y
“por los resultados que él daba en ese mismo ramo.
“Yo llegué en seguida, paso á paso, á notar y com-
“prender los efectos de la misma naturaleza que pro-
“ducía él en las otras partes de la enseñanza. Guia-
“do por la experiencia que había adquirido, me dí
“cuenta de que era posible, aplicando la psicología
“al estudio del lenguaje, empleando procedimientos
“gradualmente progresivos, pasando del sonido á la
“palabra y de la palabra á la frase, abrir la vía á
“las ideas claras, de la misma manera que haciendo
“preceder las líneas á los ángulos y los ángulos á
“las formas, se llega gradualmente á objetos determi-
“nados. Yo comprendí que la marcha era la mis-
“ma para el cálculo. Yo había considerado hasta
“entonces cada número, sin tener una conciencia de-
“finida de su valor propio ó de su contenido, absolu-
“tamente como una identidad que subsiste por sí mis-
“ma, del mismo modo que, desde el punto de vista
“del dibujo, yo veía antes los objetos sin separarlos
“de su contorno preciso y de sus proporciones, es de-
“cir, de su contenido. Ahora me representaba clara-
“mente, materialmente por decirlo así, cada número
“como la totalidad de un contenido definido. Yo
“reconocía así en este ramo el progreso que los ni-
“ños habían alcanzado por ese método, y ví al mis-
“mo tiempo cuán esencial es para cada ramo de la
“enseñanza que su estudio tenga un punto de partida
“que sea común á todos los otros, á saber, *el número, la forma y la palabra*. Así como yo había en-
“contrado en mi ignorancia del lenguaje la causa del

“tiempo de detención que había experimentado para el dibujo, encontraba en mi ignorancia del cálculo la causa de las lagunas que existían en mi enseñanza. Yo constataba, en efecto, que para cada una de las diferentes formas, el niño no puede representarse las partes separables de ella sin saber contarlas, de tal suerte que, si él no concibe claramente que, por ejemplo, el número 4 se compone de cuatro unidades, le es imposible comprender cómo una figura única puede ser dividida en cuatro partes.

“Así la claridad cada día creciente á que me conducía el estudio particular del dibujo y que yo adquiría *por mí mismo*, desarrolló en mí la convicción de que el método, por su acción sobre la inteligencia, suscita y fortifica de una manera general en los niños la facultad de progresar *por sí mismos*, y que él constituye en realidad como un volante que no hay más que impeler para que continúe su curso *por sí mismo*. Yo no fui el único que juzgara así. Cientos de personas han venido y dicho: “Esto debe salir bien.” Campesinos y campesinas han dicho: “Esto puedo aplicarlo yo mismo en casa con mis niños.” Y ellos tenían razón.

“El método entero es un juego para el que tiene en la mano el hilo de los primeros elementos, que le preserva de extraviarse más tarde en los desvíos, que son los únicos obstáculos que dificultan la educación del género humano. En efecto, ellos desfiguran los gérmenes de la educación que existen en nosotros mismos; ellos nos apartan de la

“naturaleza, que no nos exige nada que no sea fácil, con tal que lo tomemos de su mano y lo busquemos por el buen camino.

“Yo no tengo más que una palabra que agregar: el conocimiento del método me ha devuelto, en gran parte, la serenidad y la fuerza de mi juventud; él ha hecho vivir, para mí y para la humanidad, esperanzas que, desde mucho tiempo ha y hasta entonces, consideraba como sueños, y que yo rechazaba contra todas las aspiraciones de mi corazón.”

CARTA IV.

AMIGO, tú conoces ahora á los hombres que al presente son mis colaboradores. Pero yo no los tenía al principio de mi mansión en Burgdorf, ni aun los busqué en esa época. Yo me encontraba desde mi partida de Stanz en un estado de pavor y de cansancio que las ideas mismas que se referían á mis antiguos planes de educación popular comenzaban á borrar de mi espíritu, y que yo estuve tentado de limitar simplemente mi ambición á obtener algunas mejoras de detalle en el miserable estado de nuestras escuelas. Si he vuelto á entrar en la única vía en que es posible la realización de mis antiguos proyectos, lo debo únicamente á la necesidad y á la circunstancia de que ni aun pude alcanzar esas me-